

AQUI YACE JOSE II, DESGRACIADO  
EN TODAS SUS EMPRESAS (1).

Finalmente, el reconocimiento de sus culpas amargó los últimos momentos de su vida. "Es necesario que yo muera, decía, para hallar reposo." En su lecho de muerte dijo también: "Sé que se han mandado hacer preces por mi salud; pero sé también que la mayor parte de mis súbditos no me aman. ¿De qué servirán, pues, esas oraciones, que no salen del corazón, y que obligan á mentir (2)?"

(1) HUGUET: *Terribles chatiments des révolutionnaires*, lib II, cap. I.

(2) WETZER Y WELTE: *Dico encyclop. de Theolog. cathol.*

PARTE QUINTA.

DESDE LA REVOLUCION FRANCESA HASTA  
NUESTROS DIAS.

CAPITULO PRIMERO.

CONTINUACION DEL SIGLO XVIII.

*Sumario.*—I. Princesa de Lamballe.—II. Juan Pablo Marat.—III. Juan Pedro Brissot.—IV. Juan Luis Carra.—V. Luis Felipe de Orleans (*Iguaddá*).—VI. Juana Roland.—VII. Silvano Bailly.—VIII. Claudio Fauchot.—IX. Juan María Roland.—X. Jerónimo Petion.—XI. Jacobo Roux.—XII. Jacobo René Hebert.—XIII. María Juan Condorcet.—XIV. Juan Jorge Schneider.—XV. Francisco Chabot.—XVI. Felipe Fabre d'Églantine.—XVII. Camilo Desmoulins.—XVIII. María Juan Héranit.—XIX. J. P. Lacroix.—XX. Pedro Gaspar Chaumette.—XXI. Filiberto Simón.—XXII. Mateo Jourdan.—XXIII. Antonio L. L. Saint-Just.—XXIV. Maximiliano Robespierre.—XXV. Agustín B. J. Robespierre.—XXVI. Juan Bautista Carrier.—XXVII. Jorge Santiago Danton.—XXVIII. Fouquier Tinville.—XXIX. Jesé Lebon.—XXX. Collot d'Herbois.—XXXI. Dufhot.—XXXII. Fin funesto de otros revolucionarios

franceses.—XXXIII, Hechos ejemplares de la Revolución francesa.

## I.

Princesa de Lamballe.

(MURIO AÑO 1792 DE N. S. JESUCRISTO.)

La revolución francesa es el suceso más grande que el espíritu del mal ha realizado en la edad presente, y acaso la persecución más terrible de cuantas se han dirigido contra la Iglesia.

Francia, que había sido durante tantos años la catedral de escándalo de Voltaire y sus discípulos y el lugar de sus triunfos, debía ser también el teatro de los horrores de aquella idea infernal que había engendrado, y que debía producir una catástrofe, cuyos detalles horrorizan, y cuyas consecuencias cantan hace cerca de un siglo la desgracia de toda Europa, y aun pudiera decirse que de casi todo el mundo.

El cataclismo que ante los progresos de esa idea nefanda, la revolución, había previsto hombres de genio esclarecido, como Metastasio y Leibnitz, y que presagiaron los padres Neuville

y Beauregard, de los cuales, este último llegó hasta á determinar el infame episodio de la *Diosa Razon*, ocurrió al fin.

El mismo Luis XV había dicho con cínico egoísmo. "Después de mí, el diluvio; bastante queda que hacer á mis sucesores." Rousseau escribía en 1760: "Oreo imposible que puedan continuar por mucho tiempo las grandes monarquías europeas. Nos acercamos á la crisis, al siglo de la Revolución. Fundo esta opinión en razones particulares; pero no siempre conviene decirlo todo, y por otra parte, demasiado se está viendo." Finalmente, Voltaire, en una carta á M. de Chauvelin, escrita en 2 de Abril de 1762, dice: "Todo lo que veo arroja los gérmenes de una revolución que llegará infaliblemente, y de la cual no tendré el placer de ser testigo. Las luces se han difundido de tal modo, que la primera ocasión habrá un estallido, y entonces será de ver el embrollo. ¡Felices los jóvenes! ¡Cuánto tienen que presenciar!"

Así fué: la revolución se había hecho necesaria en el orden de la Providencia para renovar la faz del mundo cristiano y salvar la fe católica, y la revolución vino precisamente cuando los cortesanos de Luis XVI pensaban que los Estados generales habían de salvar la situación

política y social, que los intereses encontrados de la monarquía, de la nobleza y del pueblo, la agitación moral de la propaganda revolucionaria y el ruinoso estado de la Hacienda hacían ya insostenible.

París, y aun puede decirse Francia entera, celebraron la apertura de los Estados generales con una pompa y un fausto desconocido hasta entonces, como si se tratara de inaugurar la felicidad del Estado, cuando realmente iba á comenzar una era de ruina y de desolación á que todo un pueblo se había hecho acreedor por sus extravíos. La monarquía y la nobleza de Francia lucieran aquel día, por última vez, su ceremonioso aparato y sus lujosos atavíos.

Algunos días después se inició la revolución al constituirse el tercer estado en Asamblea nacional. Desde luego se advirtió que la Revolución se dirigía principalmente contra la Iglesia. Y, en efecto, la supresión del diezmo, la declaración de que los bienes eclesiásticos pertenecían al Estado, la supresión de todas las Ordenes religiosas, la prohibición de ligarse con votos monásticos, la libertad de cultos, la constitución civil del clero y la institución del matrimonio civil, decretadas por la Asamblea, los horribles asesinatos de Prelados y sacerdotes, perpetrados

del 2 y 3 de Setiembre en la Abadía, en San Fermin, en la Salpetriere, en la Force y en el Châtelet, y ejecutados más tarde en Meaux, Reims, Lyon, Marsella, Orleans, Versailles y Chalons, que cansaron en Francia innumerables víctimas y la glorificaron con numerosos mártires, patentizaron ya al principio á donde iría á parar aquella revolución que se hacía en nombre de la libertad, y que se había predicado al grito nefando de Voltaire: "Destruyamos la Infame."

Algunos días después, la Convención inauguraba sus sesiones, y el reinado del Terror comenzaba con la muerte del bondadoso Luis XVI y de la Reina, y con la de los girondinos, que negándose á recibir los auxilios de la Religión, sufrieron la muerte con un estoicismo salvaje, cantando la *Marsellesa*.

Al mismo tiempo la Convención abolía solemnemente el cristianismo en París, y decretaba la dedicación de la Iglesia de Nuestra Señora á la *Diosa Razon*. Allí mismo se declaró el matrimonio *Sacramento del adulterio*.

El 10 de Noviembre (1793) se celebró la primera fiesta de la Diosa Razon. La divinidad revolucionaria; representada por la mujer del

impresor Momoro, fué paseada procesionalmente por París, sentada en un magnífico sitial antiguo, rodeado de yedra, y llevado por cuatro hombres. El impío Chaumette pronunció en la Convencion, señalando á su Diosa, esta horrible blasfemia: "Hemos abandonado ídolos inanimados por esta imagen viva de la Razon, obra maestra de la naturaleza."

Los templos fueron entonces teatro de las profanaciones, pillaje y repugnantes bacanales de un populacho ébrio de sangre, que santificaba todos sus crímenes invocando el nombre de la patria. Los signos y atributos de la Religion fueron arrancados de todas partes. Las imágenes cayeron de los altares y de las ornacinas de las calles, para ser sustituidas por los retratos de Marat y Lapelletier (1). Los municipios enviaron diputaciones, que depositaron ante la barra de la Convencion las riquezas robadas á los templos. La palabra de Dios fué sustituida en las asambleas del nuevo culto por la explicacion de los Derechos del hombre, por la lectura de los partes del ejército y por discursos mora-

(1) THIERS: *Historia de la Revol. franc.*, I, c., tomo V., pág. 457.

les... que alternaban con himnos republicanos y aires patrióticos (1).

Aquella fiebre de impiedad desarrolló en el pueblo un espíritu inconcebible de destruccion que arrasó muchas iglesias y mutiló innumerables preciosidades artísticas. Baste decir que en el Consejo municipal de París se discutió, durante algunos dias, si debía quemarse la Biblioteca nacional.

Para que todo fuera extraño, verificóse al poco tiempo una rara reaccion religiosa, y se decretó que *el pueblo francés reconocia la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma, y que el culto más digno de los franceses era la práctica de los deberes del hombre*. Esta protestacion de fé y de impiedad al mismo tiempo se debió á Robespierre... que la defendió, diciendo: "El ateísmo es aristócrata: la idea de un gran Ser que vela por la inocencia oprimida y castiga al delirio triunfante, es enteramente popular. Si Dios no existiese, sería preciso inventarlo."

El pueblo francés acogió con júbilo este decreto y adoró al Ser Supremo, como antes habia adorado á la Diosa Razon, pues así se lo daban sus verdaderos ídolos, que le dieron la li-

(1) *Ibid.* pág. 467.

bertad para enloquecerle, y le enloquecieron para esclavizarle. Roto ya el yugo de la Religión, se rompió también el yugo de la autoridad con el suplicio del Rey: quebrantóse el yugo de la nobleza y del clero con las emigraciones y los decretos de proscripción, y proclamándose todas las libertades, la libertad de conciencia, de imprenta, de asociación y el sufragio universal, el pueblo francés cayó en la tiranía de sus libertadores.

Aquel entusiasmo por la patria, por el pueblo y por la libertad degeneró en un delirio infernal, que sacrificó á estos nombres, santificados por la Revolución ó invocados á cada paso por el pueblo, los intereses más caros de la Francia: la paz interior, sus antiguas glorias, su riqueza, la vida de millares de ciudadanos, y la paz con casi toda Europa. La República aceptó ó declaró la guerra contra las potencias más poderosas, y sometiendo por el terror á sus enemigos interiores, y haciendo un esfuerzo heroico contra sus enemigos de fuera, pudo al fin cantar una victoria gloriosa sobre los extranjeros, pero manchada con tantos crímenes en el interior de Francia, que la ardiente republicana madama Roland no pudo menos de exclamar: *¡Oh libertad! ¡Cuántos delitos se cometen en tu nombre!*

Más tarde la Revolución, sistematizada por el Directorio, fué consolidada por el Consulado, que al pintar la deplorable situación de Francia, reconoció también los males ocasionados por la revolución, cuando dijo: *Ya es tiempo de calmar tanta agitación; de afianzar la libertad de los ciudadanos; la soberanía del pueblo; la independencia de los poderes constitucionales; la República, cuyo nombre ha servido para consagrar la violación de todos los principios....*

La Revolución, personificada hasta entónces en el pueblo, elemento empleado para destruir en sus cimientos el antiguo régimen, encontró en Napoleon el héroe que había de extenderla por toda Europa y fijar en Francia los fundamentos de una sociedad nueva.

Este hombre extraordinario, y tan grande como grande era la empresa que realizaba, se propuso comunicar á toda Europa el fuego que había destruido en Francia la sociedad antigua, y empuñando la bandera tricolor, la paseó en triunfo por Europa, desplegándola á los cuatro vientos, para que todos los pueblos leyeran los principios escritos en ella.

Así es que Cherasco decía: *Pueblos de Italia: el ejército francés viene á romper vuestras cadenas; el pueblo francés es amigo de todos los pueblos;*

*salid á su encuentro. Vuestra propiedad, vuestras costumbres, vuestra religion, serán respetadas; haremos la guerra como enemigos generosos, y solamente contra los tiranos que os tienen subyugados.*

Y, en efecto, Napoleon no hacia la guerra á los pueblos, sino á las instituciones: sus ejércitos no conquistaban únicamente reinos, sino inteligencias. Napoleon, en fin, hacia la guerra por una idea, la libertad, que entónces aparecia deslumbradora, y era acogida con el entusiasmo que inspira la novedad, y los que solo le oponian ejércitos, tenian que ser vencidos, y lo fueron. Por manera que Napoleon destruyó en Europa lo que el pueblo habia destruido en Francia. Así se cumplieron aquellas palabras de Isnard: "Decid á Europa que respetareis las Constituciones de todos los imperios; pero que si se suscita una guerra de Reyes contra la Francia, vosotros suscitareis una guerra de los pueblos contra los Reyes."

Pero la Revolución habia declarado desde el principio otra guerra tambien de exterminio contra la Religion. Imposible seria enumerar los atentados de que fué victima la Iglesia de Francia en los últimos ocho años del siglo XVIII, y las amarguras de la Iglesia universal y de la Santa Sede al ver á los Prelados, clero y reli-

giosos franceses sacrificados, presos, desterrados ó fugitivos, abolido el culto católico, y saqueados y destruidos los templos.

El cisma producido por la organizacion civil del clero y las escandalosas apostasías de muchos Prelados, párrocos, sacerdotes, y religiosos, algunos de los cuales fueron cómplices, como representantes del pueblo, de los horrores de la Convencion, agravaron más y más la situacion de la guerra de Francia.

El mismo obispo de Paris, Gobel, depuso ante la barra de la Convencion las insignias episcopales, y declaró renunciaba al ejercicio de sus funciones; trece de sus vicarios siguieron su ejemplo, y varios Prelados y sacerdotes, individuos de la Convencion, se apresuraron á imitarle. Lindet, obispo del Eare, declaró que jamás habia predicado más que la moral pura, y Gay Vernon, obispo de la Alta-Viena, y Lalande, obispo de la Menrthe, escribia á la Convencion apostatando de sus creencias y abdicando su potestad episcopal. Asimismo apostataron y renunciaron Marolle, obispo del Aisne; Primat, obispo del Norte; Pelletier, obispo de Maine y Loire; Thibault, obispo de Cantal; Miné, obispo de Fantes; Heraudin, obispo del Indre; Diot, metropolitano de Marne; Sabine, obispo de Ar-

deche; Lefessier, obispo del Orne; Panisset, obispo de Mont-Blanc; Damouchel, obispo de Gard; Deville, obispo de los Pirineos Orientales; Torné, metropolitano del Cher; Massieu, obispo del Oise.

Asimismo renunciaron á su religion y á su estado muchos vicarios, párrocos, sacerdotes y religiosos. Casi todos estos apóstatas, así Prelados como presbíteros, contrajeron una union sacrilega, y algunos de ellos tomaron una parte muy activa en los excesos cometidos bajo el reinado del Terror.

En cambio el clero que permanecía fiel daba de continuo pruebas heróicas de firmeza, edificaba con su ejemplo y sufría con resignacion la pobreza, la prision y el martirio; pero las leyes tiránicas de la Convencion, el encono del clero constitucional y las proscripciones, dejaron á la Iglesia de Francia en una orfandad completa.

La Santa Sede, que habia seguido aquella pasion de cinco años, y que desde el principio de la Revolucion habia sido despojada de Aviñon y del condado Venesino, vió tambien acercarse á los ejércitos de la República, que, mandados por Napoleon, amenazaban la independencía de Italia y el poder temporal de los Papas.

Al mismo tiempo el Directorio sembraba en

Roma la semilla de la Revolucion. Basseville, secretario de la legacion Francesa en Nápoles, dió la señal, y habiendo pasado un dia por Roma, llevando una bandera tricolor, en cada uno de los ángulos del carruaje de alquiler en que iba, fué perseguido por el pueblo, que le asesinó en una casa donde se refugió.

Casi al mismo tiempo el Directorio escribía á Bonaparte que la Religion católica era incompatible con la libertad; que servía de máscara á los enemigos de Francia, y que por tanto era necesario destruir el centro del Catolicismo, hacer despreciable el *gobierno clerical*, y obligar al Papa y á los Cardenales á buscar asilo fuera de Italia. Bonaparte, que tenia entónces fijas sus miras en Viena, no cumplió las órdenes del Directorio; pero en el Tolentino firmó la paz con los enviados pontificios á condicion de que el Papa cedería á la República francesa el condado Venesino, á la cispadana Bolonia, Ferrara y la Romanía, y de que se obligaría á pagar treinta millones, á desaprobar públicamente el asesinato de Basseville, á indemnizar á la familia de éste, y á entregar á los franceses algunos cuadros y manuscritos preciosos.

La República cisalpina colmó tambien de amarguras al bondadoso Pio VI, amenazándole

con una guerra que el Papa logró evitar á fuerza de prudencia y de sacrificios; pero el mismo José Bonaparte, embajador del Directorio en Roma, se encargó de crear nuevos conflictos en la misma Roma, y el 23 de Diciembre estalló el motin preparado contra el poder temporal del Papa. El general francés Duphot jefe de los sublevados, fué muerto aquel día por los soldados del Papa, y el Directorio, á fin de vengar su muerte, dió orden al general Berthier de marchar sobre Roma. Berthier, que habia exhortado á sus tropas diciéndoles iba á castigar al gobierno romano, pero no al pueblo inocente, se dirigió á la Ciudad Santa. A su llegada se detuvo, manifestando no entraria sino á petición del pueblo, y habiéndole enviado los patriotas una diputacion invitándole á entrar, accedió á ella, y tomó posesion de la ciudad y del castillo de Santángelo. El populacho, apenas vió enarbolada la bandera tricolor, se proclamó libre y soberano, y plantó frente al Capitolio el árbol de la libertad.

Los invasores sellaron los museos, galerías y bibliotecas, se apoderaron de la biblioteca del Vaticano, y aun de la particular del Papa, é hicieron una requisita, tan minuciosa como irritante y violenta en las habitaciones mismas de Pio VI,

La propaganda fué suprimida como *instituto completamente inútil*; su rica biblioteca fué saqueada, y en cambio se proclamó la acostumbrada Constitucion.

Por último, el Padre Santo, que se habia negado á renunciar su soberanía, fué reducido á prision por el calvinista suizo Haller, que, cumpliendo su mision de una manera tan brutal como la empleada por los emisarios de Felipe IV contra Bonifacio VIII, parece se propuso consumar el martirio impuesto por el Directorio de Francia al Vicario de Jesucristo.

El Padre Santo sufrió con heroica resignacion aquella série de sacrílegos atentados, y fué conducido como un criminal á Viena y Florencia, y luego á Brianzon, Grenoble y Valence, donde murió como un Santo y como un mártir, despues de perdonar á sus enemigos y de bendecir á Roma y á Francia, á aquella Francia que le habia hecho apurar hasta las heces el cáliz de la amargura.

El pueblo todo, al saber su muerte, exclamó: "¡Es un mártir!"

En efecto: la Revolucion habia matado al Papa.

Al año siguiente, último del siglo, Pio VII, caudónicamente elegido, hizo su entrada triunfal



en Roma. Aquel mismo año Napoleón, á quien convenia dar la paz á la Iglesia, manifestó deseos de entrar en negociaciones con el nuevo Pontífice para restablecer la Religión en Francia; pero el ambicioso Emperador concluyó por hacer sufrir á Pío VII las mismas amarguras con que el Directorio había acibarado los últimos años de vida del anciano Pío VI.

Así terminó el primer periodo de la República francesa, en cuyos anales figura como una de sus primeras víctimas la princesa de Lamballe, ornato de aquella corte incrédula y frívola, que precipitó con sus desaciertos el triunfo de la Revolución en Francia.

En efecto: Luisa de Saboya, princesa de Lamballe, amiga inseparable de María Antonieta, llegó hasta figurar como presidenta de una lógia de francasones, cuya secta protegía, ayudada por la Reina.

La princesa murió asesinada el 2 de Setiembre de 1792, en la cárcel llamada de la Fuerza, por los sicarios de la Revolución, que promovieron y alimentaron los francasones *sus hermanas*.

## II.

Juan Pablo Marat,

(MURIO AÑO 1793 DE N. S. JESUCRISTO.)

Esta monstruo, cuyo solo nombre espanta, fué hijo de padres calvinistas; estudió medicina, y obtuvo, con ayuda de sus protectores, la plaza de médico de caballerizas en la casa del conde de Artois. De fogosa imaginación, carácter rencoroso, corezon envidioso y feroz, y sobre todo, de una ambición mucho mayor que sus talentos, abrazó con entusiasmo la causa de la Revolución, y, apoyado por Danton y Robespierre, formó parte de la redacción del *Amigo del Pueblo*, donde insultaba diariamente al Rey, á la Reina, al alcalde de París, al comandante general de la Guardia nacional, á los jefes del ejército, magistrados, empleados, y á la misma Asamblea nacional, en la cual solo contaba por en-

tónces con dos ó tres cómplices de sus furores. Sus continuas provocaciones á la insurreccion, al pillaje y al asesinato, llamaron la atencion de la Asamblea; y aunque fué denunciado muchas veces y decretada otras muchas su acusacion, burló á todas las autoridades y escapó á todas las persecuciones, ya por la fuga, ya á fuerza de audacia y de impudencia. El 22 de Agosto de 1790 fué denunciado á la Asamblea por haber dicho que era necesario levantar ochocientas horcas en las Tallerías, y colgar á todos los traidores, comenzando por el odioso Mirabeau; pero éste hizo que se pasara á la órden del dia.

Como miembro del municipio usurpador llamado *del Diez de Agosto*, fué nombrado presidente de aquel terrible Comité de vigilancia que se arrogó todos los poderes y organizó las horribles matanzas de Setiembre. El fué tambien quien concibió este proyecto infame, y el primero que propuso á Danton desocupar las prisiones de una manera pronta, incendiándolas.

En la Convencion fué diputado por Paris, y como tal denunció á los ministros Pache y Roland, á los generales Dumouriez y Caazot, y aun trató de justificar á los voluntarios que asesinaron á cuatro desertores prusianos. El dia anterior habia propuesto á los jacobinos se concedie-

ran coronas cívicas á los asesinos de aquellos soldados; pero la Asamblea pasó á la órden del dia.

Marat, no solo era cruel con la crueldad de las feras, sino que tenia el cinismo de la crueldad, haciendo gala de sus instintos feroces. Acusado por Barbaroux de predicar sin tregua la anarquía, y de pedir todavía doscientas setenta mil cabezas, Marat, léjos de negarlo, se glorió de ello, confesando públicamente y reconociendo con orgullo que "ese era su pensamiento, y que para él no habia otro medio de salvar la patria."

El 10 de Diciembre, habiendo quedado poco satisfecho de la acusacion presentada por Lindet contra Luis XVI, subió á la tribuna, vomitó contra este príncipe las mayores injurias, y en el juicio contra el Monarca votó se ejecutara su muerte en el término de veinticuatro horas.

Denunciado nuevamente Marat el 26 de Febrero por muchos diputados del lado derecho, á causa de haber excitado en su periódico al pillaje, se pidió con insistencia un decreto de acusacion contra él; pero, segun su costumbre, se glorió de su crimen y trató de *cochinos* y de imbéciles á sus adversarios. Por último, una escandalosa órden del dia le concedió una vez

más la impunidad. El 21 de Marzo denunció á todos los generales como traidores, y al ejército como incapaz de resistir al enemigo; tales cosas dijo y tales disparates ensartó, que Lecointe-Puyravan pidió que se le decarase en estado de demencia.

El día 6 de Abril pidió que se tuviesen en rehenes cien mil personas de las familias de los emigrados, para seguridad de los comisarios de la Convencion enviados á Damouriez, y que Sillery y el duque de Orleans se constituyesen prisioneros para justificarse de la sospecha de hallarse en inteligencia con aquel general. El día 11 pidió se pusiese precio á las cabezas del jóven duque de Chartres y de los Borbones fugitivos; proposicion que renovó en otras muchas ocasiones. Con estos merecimientos llegó á ser presidente de los Jacobinos, y firmó como tal el famoso manifesto provocando al pueblo á la insurreccion contra la mayoría de la Convencion. Atacado con este motivo por los jefes de la Gironda, no negó ni su firma ni los principios del manifesto, diciendo que los hombres de Estado le perseguian á fin de deshacerse de un vigilante incómodo. Al fin la justicia y el honor nacional obtuvieron el día 3 de Abril un triunfo brillante, pero que despues costó muy caro.

La acusacion de Marat fué decretada. El cobarde inspirador de tantos crímenes, atemorizado por un momento, se refugió en los subterráneos; pero luego se volvió á presentar con más audacia que nunca, al amparo de sus cómplices, que, sin quererle, le consideraban como un instrumento muy útil para sus planes, y dirigió un mensaje á la Convencion anunciando, "que no se sometia á su decreto, y que muy pronto la nacion haria justicia completa á sus enemigos." Sin embargo, Marat, despues de haber tomado sus medidas y aleccionado á la horda de asesinos que debia seguirle, por si habia algo que temer, se decidió á presentarse ante el tribunal revolucionario. En el estado que se hallaba entónces París, el éxito de este proceso no debió inquietarle, pues, como era de esperar, todo salió á gusto de los facciosos.

En efecto: Marat fué llevado en triunfo ante el tribunal; de acusado se convirtió en acusador de los testigos que se presentaron contra él, y abuelto para un jurado compuesto de sus cómplices, entró triunfante en la Convencion y subió á la tribuna coronado de laureles. El 10 de Mayo pidió á la Asamblea que se decretase la libertad de las opiniones, "á fin, decía, de que pueda yo llevar al cadalso á la faccion de los

hombres de Estado que han decretado mi acusacion." El 1.º de Junio se presentó al Consejo general del municipio (*Commune*), y le rogó enviára una diputacion á la borra de la Convencion para pedir, en nombre del pueblo soberano, que accedise á la peticion en que aquel Consejo proponia la proscripcion de diez y siete diputados, cuya acusacion se decretó al dia siguiente.

Por último, despues de tan horribles crímenes, y cuando Marat se disponia á ejecutar otros nuevos, Carlota Corday libró á la Francia y á la humanidad de este monstruo. Esta mujer, de corazon sensible y de una imaginacion veheméntísima, viendo la poca prisa que se daban sus compatriotas para vengarse de los opresores de su patria, resolvió dar por sí misma un golpe que sembrase el temor y el espanto en la faccion triunfante, y marchó á París decidida á realizar su atrevido proyecto, logrando introducirse en casa de Marat. Devorado entónces este monstruo por una enfermedad vergonzosa, y en ocasion en que estaba tomando (el dia 13 de Julio de 1793) un baño, la preguntó los nombres de los diputados que habia en los Calvados, y que escribió en su libro de memorias, asegurando que haria fuesen guillotizados todos dentro de pocos dias. Al oír estas horribles palabras, Car-

lota no pudo contener su indignacion, y sacando un cuchillo que llevaba oculto, lo sepultó hasta el mango en el pecho de Marat, dejándole muerto en el acto.

Carlota no hizo más que arrancar á la guillotina su presa más legítima; pero en su delito (porque delito fué, á pesar de ser Marat la víctima) verá siempre la posteridad á dónde arrastra á los hombres el fanatismo político.

Los restos de Marat, depositados en el Panteon, fueron con el tiempo arrojados en las cloacas de la calle de Montmartre.

#### IV.

Juan Pedro Brissot.

(MURIO AÑO 1793 DE N. S. JESUCRISTO.)

Este célebre revolucionario y jefe de la secta, cuyos sectarios se llamaron *brissotinós*, era hijo

de un pastelero, que le dió una educacion esmerada. La pasion de toda su vida fué la de que hablaran de él, para lo cual empleó toda clase de medios. Su celo y su entusiasmo revolucionarios eran tales, que sus amigos decian tenia en el alma todo el calor de los hornos de su padre. En un principio fué escribiente de un procurador de París; pero considerando esta ocupacion como muy inferior á su ambicion y al talento que creia tener, la abandonó para hacerse literato, comenzando su nueva carrera con la publicacion de dos obras, que dieron una idea muy triste de sus creencias y de sus principios: la una se titulaba *Teoría del robo*, y la otra *Apologta*. Ambas publicaciones fueron digno preludio de las grandes espoliaciones de los revolucionarios y de la guerra á muerte que se declaró después contra todos aquellos cuya fortuna les elevaba sobre el nivel de la multitud. Después de haber viajado por América, donde provocó con sus peroratas la insurreccion de los negros de Sto. Domingo, volvió á Francia al principio de la revolucion, dándose á conocer en 1789 por la publicacion de algunos folletos, y sobre todo de un periódico titulado *El Patriota francés*, en el cual propagó durante dos años las doctrinas más peligrosas, siendo uno de los que más contribu-

yeron á los trastornos que por entónces se suscitaron,

Así fué como, halagando las pasiones, y aun los crímenes de la multitud, fué adquiriendo Brissot partidarios y caminando derecho á sus fines; pero mientras ejercia esta influencia fatal en el gobierno; un monstruo nuevo y más atroz que él se elevaba á su lado, dispuesto á perderle en la primera ocasion. Resbespierre, acusador público, con quien Brissot habia estado ligado en otro tiempo, llegó á ser en breve su más terrible adversario, concluyendo por denunciarle al club de los jacobinos como traidor á la patria y enemigo del pueblo, cuya perdicion habia labrado impulsándole á una guerra que debia agotar sus recursos y hacer que la Europa entera cayese sobre Francia. Todos los enemigos de Brissot se unieron á Robespierre, y entre ellos Camilo Desmoulins, que en sus injuriosos folletos renovó todas las acusaciones de Morant, de y excitó contra él al populacho.

Viendo entónces Brissot que su fortuna se eclipsaba, se acogió al partido de los moderados; tomó la defensa del Rey y de unos principios que los que entónces se llamaban constitucionales no hubieran rechazado, y por algun tiempo pareció que sus ideas no eran tan exaltadas.

Sin embargo, como entre los moderados no consiguió lo que se proponía, volvió á abrazar sus antiguas doctrinas, y comenzó de nuevo á denunciar, con el fanatismo que le era peculiar, á todos cuantos consideraba afectos al Rey. No obstante, parece no tomó parte en la jornada del 10 de Agosto, que, según se dice, provocaron Danton y el partido de Orleans.

Posteriormente el departamento del Eare nombró á Brissot miembro de la Convencion, en la cual hizo un papel muy secundario. La influencia que ejercía entonces Robespierre no le permitió tomar una parte muy activa en los actos del gobierno, pero tuvo el placer de ver establecida la república, que habia sido la aspiracion de toda su vida. A pesar de todo, en el proceso de Luis XVI parece quiso salvar al Monarca, así como los girondinos Vergniaud, Guadet, Gensonné y otros.

Por último, cuando Robespierre llegó al apogeo de su poder, excitó contra Brissot el odio de todos sus partidarios, que por agradar á su jefe denunciaron á su antiguo amigo como un agente secreto de Inglaterra y como un patriota sospechoso, que solo amaba la democracia por su interes propio. Brissot, completamente despopularizado, se unió á algunos diputados para

separar los departamentos de la capital, formando el partido que se llamó federalista. Proscrito, como los girondinos sus amigos, despues de la revolucion del 3 de Mayo de 1793, trató de huir á Saiza; pero detenido en Moulins, y llevado á París, fué decapitado á los treinta y nueve años de edad, el dia 21 de Octubre de 1793.

## IV.

Juan Luis Carra.

(MURIO AÑO 1793 DE N. S. JESUCRISTO.)

La educacion y los estudios que apesar de su pobreza dieron á Carra sus padres, no reformaron su vicioso carácter, ni impidieron que su juventud revelara lo que llegó á ser con el tiempo.

Acusado de un robo de importancia, tuvo que abandonar su patria y vivir errante por mucho tiempo en Alemania, hasta que logró colocarse

en casa de un fondista de Moldavia, que le hizo su secretario, y depositó en él toda su confianza, y á quien dió tan buenos consejos, que el pobre fondista fué ahorcado por sedicioso, de órden de la Sublime Puerta. Carra volvió á Francia, y fué secretario del cardenal de Rohan, que consideraba como muy singular tener á su servicio al secretario de un fondista y que le despidió por su mala conducta. Apenas comenzó la Revolución, marchó á París, donde cooperó en 1789 á la redacción de *El Mercurio Nacional ó Diario del Estado y del ciudadano*, y despues fué redactor en jefe de *Los Anales Patrióticos*, que llevaban el nombre de Mercier. Enorgullecido con la acogida que alcanzaban sus escritos en esta hoja incendiaria, se presentó Carra el 23 de Diciembre de 1790 en la tribuna de los jacobinos, y declaró por sí y ante sí la guerra al emperador Leopoldo, diciendo que para sublevar la Alemania no pedía más que cincuenta mil hombres, doce prensas, impresores y papel; pero su proposición fué mal acogido, pues el club de los jacobinos no pensaba entonces en la guerra, y además Mirabeau, que se hallaba presente, atrajo el desprecio de todos sobre el atrevido orador.

Para probar el odio que abrigaba contra los Reyes y conseguir el favor del pueblo, Carra

cometió el día 8 de Setiembre de 1791, hallándose en la barra de la Asamblea legislativa, la ridiculez de hacer colocar sobre la mesa una caja de oro para rapé, que dijo le regaló el rey de Prusia como muestra de agradecimiento por una obra que le habia dedicado, y pidió que su oro sirviese para combatir á aquél soberano, concluyendo por rasgar la firma de la carta que le habia enviado el Monarca prusiano. A pesar de apasecer tan ardiente republicano, se sospechó pertenecía á un partido que trataba de colocar al duque de Brunswick en el trono de Francia, y Robespierre, que habia sido hasta entonces amigo y confidente de Carra, le señaló como traidor. Sin embargo, el favor popular que habia adquirido por su exaltacion demagógica, le puso al abrigo de todas las persecuciones.

El 10 de Agosto, no solo fué uno de los principales instigadores del ataque á las Tullerías, sino que tuvo la desvergüenza de gloriarse de ello en su periódico. En seguida acusó al general Montesquieu, que mandaba en Saboya, y despues fué enviado á Chalons, desde donde anunció la retirada de los prusianos; tan funesta para la causa de Luis XVI.

Nombrado diputado de la Convencion por dos departamentos, eligió la representacion del

de Saona y el Loira, rechazando al ser jurgado el Rey la apelacion al pueblo, y votando la muerte del Monarca sin apelacion.

Carra pidió continuamente en su periódico que se armase el populacho con picas, á fin de oponerlo en caso necesario á la Guardia nacional, compuesta de vecinos honrados, haciendo la misma peticion en la tribuna hasta que vió realizado su deseo. Desde entónces la Guardia nacional dejó de hacer servicio, pues no quiso ocupar el mismo rango de aquellos *piqueros* que por su aspecto repugnante y por sus harapos merecieron el nombre de descamisados (*sans-cou-toles*).

Disgustado Carra con Robespierre, se refugió al partido de los brisotinos, y fué nombrado, durante el ministerio de Roland, guarda de la Biblioteca nacional; pero habiéndose hecho sospechoso á todos los partidos, y agobiado por continuas denuncias, sufrió terribles persecuciones, de las cuales no le libró ya el pueblo, cuyo favor habia perdido. El 12 de Junio de 1793, Robespierre, Marat y Cauthon hicieron que le arrojaran de Blois, donde estaba en comision. Poco tiempo despues cayeron en desgracia los brisotinos y el partido de Gironda, y Carra fué

proscrito y condenado á muerte con veintinueve de sus colegas el 30 de Octubre (1).

## V.

Luis Felipe Orleans (Igualdad.)

(MURIO AÑO 1793 DE N. S. JESUCRISTO.)

Nació este príncipe el 13 de Abril de 1747, y por las buenas cualidades que se manifestaban en él hizo concebir halagüeñas esperanzas; pero el jóven no correspondió á ellas. Podia decirse de él que la precocidad del vicio se complacia en insurreccionarse contra todas las leyes del pudor. El matrimonio y la paternidad no modificaron en nada su conducta. El esposo se deshonraba en las orgías; el padre en una deprava-

(1) Extracto de Feller.



cion de que ni aun la misma regencia habia dado el ejemplo. Su vida era un asalto sin tregua á todos los criminales desórdenes, en los cuales el placer es para uno solo y el oprobio para todos. En su Palacio Real, en que cada convidado debia beber como las arenas del desierto y blasfemar como un condenado, Luis Felipe se acostumbraba á todo linaje de vicios y á avanzar en el camino de la degradacion. A una Revolucion que se proponia hacer desaparecer la Iglesia lo mismo que la monarquía, y que caminaba cantolosa ó amenazadora, pero siempre pronta á despojar ó simplemente reformar, segun las circunstancias, le era necesario un jefe, ó más bien una bandera. Luis Felipe fué el designado, porque la Revolucion sabia que el enemigo más cruel es el cobarde á quien se le prometen ciertas ventajas. Luis Felipe acababa de presenciar desde el fondo de su palacio las matanzas de Setiembre, organizadas por su amigo Danton, cuya voz era tan formidable como el sonido de una trompeta. Tranquilo ante esta interminable orgía de sangre, iba á ponerse á la mesa á la hora acostumbrada, cuando se le anunció un convidado que no esperaba. El pueblo, cuya educacion ha dirigido, ha hecho una horrible matanza. La princesa de Lamballe, esposa de Luis Felipe, se

encuentra entre las más ilustres víctimas. El pueblo trae al Palacio Real la cabeza livida y cubierta de sangre y lodo; pide una prueba de reconocimiento por lo que acaba de ejecutar, y no tarda en concedérsela. Felipe salió al balcon sonriéndose, y saludó á los asesinos porque ya no tenia que pagar trescientos mil francos de viudedad. Igualmente se sentó á la mesa, y comió; pero Mad. de Buffon, loca de espanto y de desesperacion, cayó desvanecida, diciendo: "¡Ah, Dios mio, mi cabeza será llevada así algun dia!"

Felipe ambicionó la diadema, pero no consiguió sino cubrirse de vergüenza.

Poco despues de las matanzas del 2 y 3 de Setiembre, Orleans habia llegado al último término de la infamia y de la deshonra. Subió á la tribuna de los jacobinos llevando por diadema el gorro encarnado. Allí declaró solemnemente que no era hijo del último duque de Orleans....

Habia escrito estas vergonzosas y criminales locuras á la *Commune* de Paris, pidiéndole un nombre que probase que no era la sangre de Enrique IV la que corria por sus venas. En consecuencia, la *Commune* dió el siguiente decreto:

“El Consejo general de la *Commune* de París decreta, á petición de Luis Felipe José, príncipe francés, lo que sigue:

“1.º Luis Felipe José y su posteridad llevarán en adelante por nombre de familia *Igualdad*.”

“2.º El jardín conocido hasta ahora con el nombre de Palacio Real, se llamará *Jardín de la Revolución*.”

“3.º Se autoriza á Luis Felipe José Igualdad á hacer uso de este decreto, bien sea en los registros oficiales, ó bien en los documentos públicos.”

Esto bantismo era ridículo; pero lo hizo todavía más risible el modo serio con que lo recibió. Esta fué su contestacion:

“Ciudadanos: Acepto con el mayor reconocimiento el nombre que la *Commune* de París acaba de darme; no podia elegir uno más conforme á mis sentimientos y á mis opiniones. Os juro, ciudadanos, que tendré siempre presentes los deberes que este nombre me impone, y que jamás los abandonaré.”

“Vuestro concidadao”, — *Luis Felipe José Igualdad*.”

A fin de probar que por primera vez en su vida hablaba la verdad, se presentó *Igualdad* á

los electores de París y ambicionó el honor de ser uno de sus diputados en la Convencion.

Admitido en esta Asamblea revolucionaria, no tomó más que una vez la palabra, y fué para denunciar en la tribuna á su esposa, “mujer muy digna, sin duda, decia él, pero cuyas opiniones en las presentes circunstancias no siempre han estado en armonía con las mías.” Despues de denunciar á su propia esposa, *Igualdad* aguardó la prueba del proceso de Luis XVI, y al comparecer ante la Convencion el Monarca prisionero, vió en frente de él á Felipe, que buscando la digna severidad del juez, no encontraba sino la estúpida impaciencia del verdugo.

Cuando llegó el turno á Orleans para dar su voto sobre la primera cuestion: *¿Es culpable Luis?* subió á la tribuna como los que le habian precedido, y gritó con voz fuerte: *Si*. Este sanguinario *si* excitó un movimiento tumultuoso de indignacion entre sus adversarios, aunque ellos lo habian pronunciado del mismo modo. No era esta una inconsecuencia; era un testimonio de que esta palabra no debia haber salido de la boca del pariente de Luis, que no podia tener motivo alguno para obrar de aquella manera. Cuando se entabló la cuestion sobre la pena que merecia el Rey, el infame Orleans leyó estas hor-

ribles palabras desde lo alto de la tribuna: "No pensando más que en mi deber, convencido de que todos aquellos que han atentado ó que atenden en adelante contra la soberanía del pueblo, merecen la muerte, yo voto por la muerte."

¡La muerte! Esta palabra en la boca de aquel monstruo arrancó un grito de espanto, aun á hombres á quienes no se les creía susceptibles de compasión; se levantaron bruscamente, y volviendo la cabeza, haciendo con las manos un movimiento como para rechazar á este miserable, exclamaron: ¡Oh qué horror! ¡Oh qué monstruo!

Felipe *Igualdad*, príncipe inhábil, estúpido asesino, creyó con este lujo de ferocidad abrirse paso al trono. Su brutal ambición le cegó enteramente. Apenas ese grito de sangre, que no tardó en repetir todo el universo, y que resonará en la más remota posteridad, salió de su boca, se levantó entre él y el trono una barrera insuperable. El ódio universal que se atrajo votando la muerte de su Rey, de su pariente, de su bienhechor, le hizo objeto de execración y de desprecio aun para aquellos *maratistas* cuya vergonzosa amistad había comprado. Todos deseaban ardientemente verle concluir sus días en un patíbulo. El mismo *Damouriez*, admirado y co-

mo asustado del repentino descrédito en que había caído el príncipe en el seno de la capital, fué á ocultarse en las inmediaciones de París, aguardando con inquietud la última escena de este trágico drama que había comenzado la revolución. No se hizo esperar mucho tiempo este sangriento desenlace.

Pero Felipe *Igualdad* no se contentó con haber votado la muerte del Monarca, sino que quiso presenciar su ejecución.

Es cosa sabida que la ejecución tuvo lugar entre el pedestal de la estatua de Luis XV y los Campos Elíseos. Mientras se inmolaba la augusta víctima, Orleans estaba en un cabriolé sobre el puente de Luis XV. Desde allí contempló friamente todos los preparativos de la ejecución. Testigos oculares que le observaban atentamente, dicen que cuando la cabeza fué separada del tronco, comenzó á sonreírse, y que una lágrima feroz brillaba en sus sangrientos ojos. Permaneció en el puente hasta que levantaron el cadáver. Entonces se dirigió á su Palacio Real, y montando en un elegante carruaje, tirado por seis caballos bayos, fué á comer á Raincy, una de sus casas de campo. Había convidado á algunos de los principales conjurados, y se felicitó sin duda con ellos de que después

de cuarenta años de crímenes había por fin llegado á conseguir la muerte del Monarca á quien esperaba reemplazar.

El cielo no permitió que Orleans subiese al trono, del cual había precipitado á Luis XVI. Para acaparar votos en favor de la sentencia de muerte, se había valido de Saint-Fargeau, y éste descendió al sepulcro antes que el Monarca. En las revoluciones de los imperios, las mismas causas producen los mismos efectos. Saint-Fargeau pereció como Bradshaw. La víspera de la muerte de Luis estaba comiendo en casa de un fondista del Palacio Real. Se le acerca un hombre, y le dice: "Saint-Fargeau, habeis dado palabra de honor de que vos y veinticinco amigos vuestros no votareis por la muerte del Rey. Habeis vendido vuestro voto y el de vuestros amigos, Recibid, miserable, el premio de vuestro perjurio." Y diciendo esto, le atravesó con su sable el corazon, y escapó. Se ha supuesto que había dicho muy buenas cosas al exhalar el último suspiro; pero la verdad es que no profirió sino estas dos palabras: *Tengo frio.*

El 21 de Enero había visto caer aquella cabeza contra la cual había conspirado durante largo tiempo, y desde el 22 había comenzado para él un horrible suplicio; el reposo le aban-

donó para siempre. Creyendo que los asesinos le rodeaban por todas partes, se revistió de una coraza. Durante la noche se retiraba á los lugares más solitarios de su palacio, y, como Cromwell, no durmió desde entonces dos veces en la misma cama. Llenó el jardin, los corredores, el interior de su casa, de bandidos á quienes pagaba sabido precio, y en cuyas bolsas había abundancia de pistolas y puñales. Una horda de malvados le seguía por todas partes. Se hizo invisible en su palacio.

Ninguno, á no ser de sus más íntimos confidentes, podía acercarse á su persona. Hombres de horrible mirada y de feroz fisonomía, con las espadas desnudas, custodiaban aquella mala-venturada morada. Hé aquí el infierno anticipado, en que se le había predicho caería si elacha hería la cabeza de Luis.

Apenas se derramó la sangre del Monarca, Orleans no fué sino el maniquí ó más bien el juguete de los *maratistas*, es decir, de los hombres más viles y más atroces que jamás ha producido Francia. Mendigó humildemente su proteccion, y los miserables se la hicieron comprar á costa de todos los sacrificios que todavía podía hacer. Sus muebles, sus alhajas, sus libros, su vajilla, aquella magnífica galería de cuadros que había